

LA SAETA

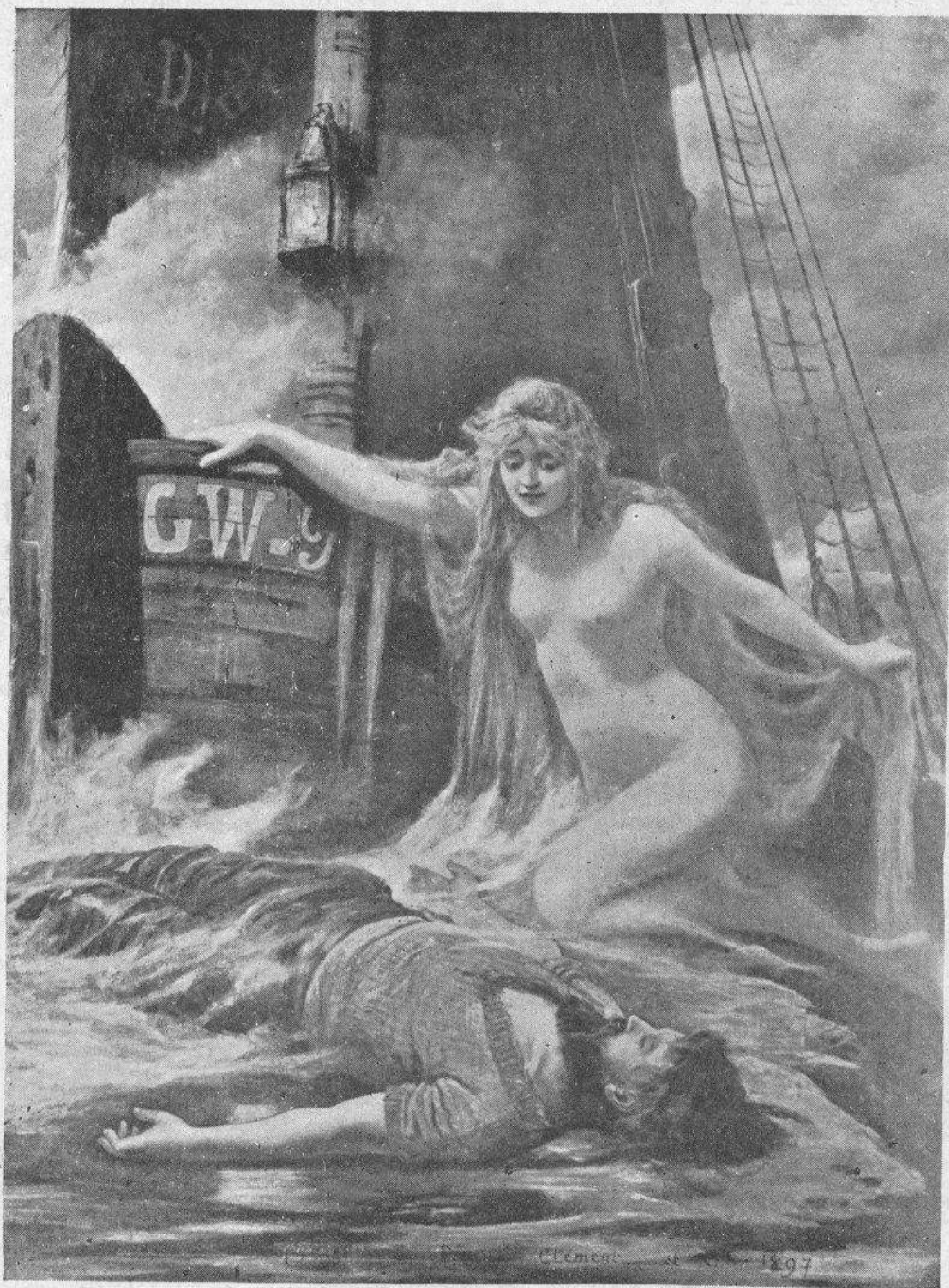
SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 24 de Junio de 1897

Núm. 344

WERTHEIMER



El triunfo de la sirena

Corte de cuentas

Historia caballeresca

I

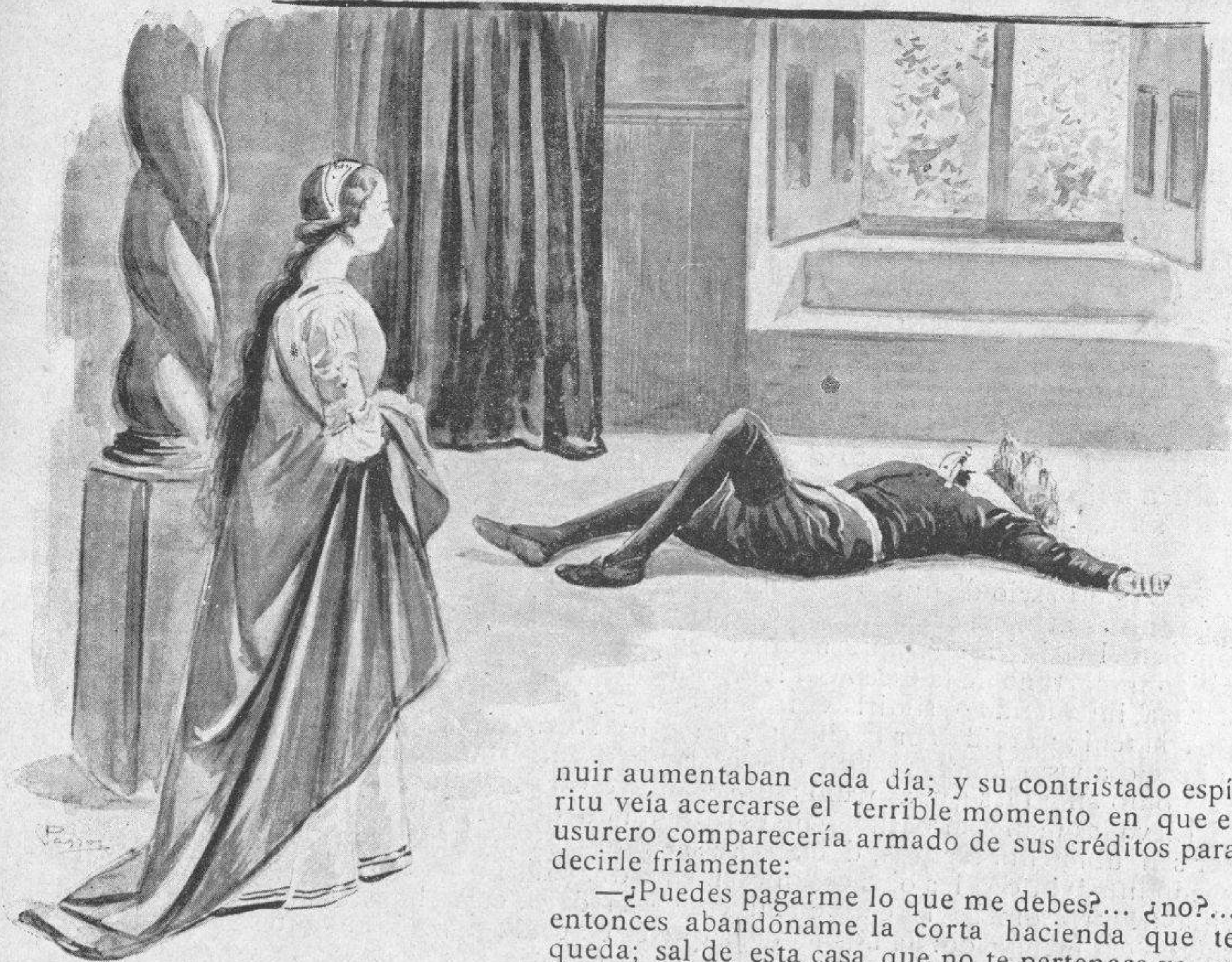
Allá por los años de mil seiscientos y pico, vivía en Granada un anciano prestamista, cuyos cofres estaban tan repletos de doblones, como su alma henchida de insaciable codicia y de malos propósitos. Llamábanle don Pedro Alcántara Ordóñez Rutillana, y por cierto que resultaba singular contraste de esos nombres de sabor tan castellano, con la facha y las facciones del hombre que apestaban á judío.

Lo cual se explicaba teniendo en cuenta que el don Pedro era de procedencia israelita. Judíos habían sido sus padres, y judíos sus abuelos, y judío fué el mismo hasta los cuarenta años de su edad, época en que se decidió, si bien á regañadientes, á dejarse bautizar para poder de esta suerte rehuir desazones y socaliñas por parte del Santo Oficio. Cristianizóse, pues, el astuto hebreo; trocó su nombre de Isaac Leví, por el que hemos dicho, y pudo desde entonces dedicarse con todo sosiego é impunidad completa á la lucrativa industria que heredara de sus antepasados. En vez de ir como hacían éstos, á la sinagoga, asistía á la iglesia parroquial, siempre á las primeras horas de la mañana, y el resto del día lo consagraba á desollar á sus nuevos hermanos en religión, prestándoles cantidades á un interés anual, siempre mayor que el capital.



II

Entre los habitantes de Granada que cayeron en las garras del de Rutillano, figuraba don Alonso García Mondoñedo, caballero muy principal por su linaje, y capitán bizarro en sus buenos tiempos, pero rendido ahora por los años y las heridas recibidas en Flandes, en Italia y en América. Arruinado además, pues parte de su hacienda había sido malgastado cuando joven, y la otra parte no bastaba siquiera para cubrir los réditos que acreditaba el ex judío por diferentes sumas prestadas. Ya no sabía el bueno de don Alonso á qué santo encomendarse para salir de apuros y agobios, que en vez de dismi-



nuir aumentaban cada día; y su contristado espíritu veía acercarse el terrible momento en que el usurero comparecería armado de sus créditos para decirle fríamente:

—¿Puedes pagarme lo que me debes?... ¿no?... entonces abandóname la corta hacienda que te queda; sal de esta casa que no te pertenece ya; es mía con todo lo que contiene: ¡vete!

¿Y qué sería entonces de él, pobre viejo achacoso y desvalido?... ¿Qué sería de su Isabel, de su hija idolatrada, la doncella más gentil que se ocultaba entre los muros granadinos, y cuya hermosura sólo podía compararse á su recato?...

III

Una mañana, se presentó en casa de don Alonso un escribano muy mal encarado para notificar, en enrevesado lenguaje, al pobre hidalgo, que todo cuanto hasta aquel instante había poseído, pasaba á ser legítima propiedad de don Pedro Alcántara Ordóñez Rutillana. El escribano participó también á la aterrada víctima, que la justicia le concedía un plazo de ocho días para desalojar la vetusta morada que ocupaba y que debía dejar libre, á disposición del ejecutante.

Al anoecer de aquel día, don Alonso, que no acertaba á sacudir su doloroso aturdimiento, observó como doña Isabel cubría su linda cabeza y su gentilísimo talle con los pliegues del manto.

—¿A dónde vas, hija mía?—le preguntó.

—Voy á la vecina iglesia á implorar á la Virgen Santísima, padre mío—repuso la doncella.

El caballero lanzó un tristísimo suspiro y la joven salió presurosa.

IV

Mas en lugar de dirigirse al templo, se fué doña Isabel hacia la vivienda de Rutillana, al cual había imaginado ¡la inocente! pedir compasión y generosidad.

Si hubiese sido la postulante vieja ó fea, habríala puesto el prestamista de patitas en la calle con toda la brutalidad que acostumbraba en semejantes casos. Pero Isabel era joven y era bellísima; apenas hubo don Pedro fijado en ella sus codiciosos ojos, quedóse pasmado; en cuanto escuchó el delicioso timbre de una voz que la timidez hacía aún más suave, sintió en su corazón algo así como un choque potentísimo, y no había concluido la hechicera granadina de exponer su súplica, que ya la sangre del prestamista ardía en sus venas, aguijoneada por lúbricos deseos. Porque es de advertir que ni las aguas del bautismo, ni el helado soplo de la vejez habían logrado apagar los fuegos de la lascivia que desde muchacho corriera en el renegado parejas con su rapacidad y avaricia.

En la afligida beldad que iba allí para implorar, movida por filial ternura, un poco de compasión para su padre, sólo vió Rutillana una presa fácil á su libertinaje; y cediendo el afán del oro á la sed de su lubricie, replicó con voz entrecortada á los ruegos de Isabel:

—No temáis, hermosa niña, que yo no he de causar el menor quebranto á vuestro padre, y antes por el contrario, le daré cuanto dinero haya menester, siempre... siempre que vos seáis también... generosa conmigo.

Isabel, que hasta entonces temerosa y turbada no había osado casi levantar sus ojos del suelo, los alzó con sorpresa; y todo su sér experimentó una sensación indefinible de espanto, de indignación, de asco y de vergüenza, al contemplar la faz encendida del usurero, en la que se pintaban todos los innobles deseos del sátiro impenitente.

Retrocedió la joven, tratando de acercarse á la puerta, pero Rutillana se interpuso, y entre insolente y suplicante, mezclando á sus amorosas protestas aparatosas ofertas, fuese aproximando hasta el punto de que sus manos ávidas y temblorosas tocaban ya á las de la noble doncella.

Pasado el primer momento de estupor y de espanto, rebelóse contra tamaño ultraje la altiva honestidad de la niña que, repeliendo el inmundo contacto del anciano, quiso de un salto, alcanzar la puerta.

V

Mas estorbóselo de nuevo el judiote que, cegado ya completamente por sus malos deseos, quiso obtener por la fuerza lo que no había jamás de lograr por sus discursos, y como en el viejo caserón que habitaba, no vivía ninguna otra persona que pudiera ser testigo importuno de la escena, ni mediar en ésta, lanzóse con rabioso frenesí sobre su víctima, intentando oprimirla entre sus brazos y derribarla al suelo.

Y la tenía ya asida por la cintura, y sus huesosos dedos oprimían el flexible talle de la hermosa y sus fauces mal olientes quemaban con su hálito el rostro de Isabel, cuando de pronto aflojó las garras y dió tambaleando dos pasos atrás.

Llevó las manos al pecho, dejó escapar un quejido que brotó de sus labios, bañados por sanguinolenta espuma, dobláronse sus rodillas y cayó desplomado al suelo, en donde quedó inmóvil, con los ojos espantosamente dilatados, mirando al techo... Sobre su ropilla negra asomaba la empuñadura de una daga, cuya hoja se hundía entera en el cuerpo del menguado: la misma daga que éste llevaba un minuto antes envainada en la cintura.

VI

Era en aquella época Corregidor de Granada, de cuyo empleo hacía poco tomara posesión, un hidalgo de ilustre casa, á quien llamaban don Diego Osorio, conde de Campohaya. Joven aún, había ganado buen renombre por su valor primero, en los campos de batalla; por su discreción más tarde, en la ciencia de gobernar. Completamos ese rápido esbozo, añadiendo que era de gallardo talante, rico en bienes, comedido en el trato y amigo de hacer justicia.

Al salir Isabel azorada, medio loca, de casa del usurero, intentó primero dirigirse al templo, pero al llegar á sus umbrales no se atrevió á penetrar en el divino recinto. Una idea la asaltó de pronto, y sin darse tiempo para meditarla, echó á andar presurosa, y minutos después entraba en el palacio del Corregidor, solicitando audiencia. Esta le fué concedida al punto.

Quedó también maravillado don Diego de la peregrina belleza de la niña, é interesóle grandemente el aire de pena y desvarío que traía. En corteses palabras la rogó recobrase su calma y dijera sin reparos lo que á su presencia la conducía.

Hízolo así Isabel y refirió sin omitir nada, cuanto había acontecido. Suspenso se quedó el magnate oyendo tan extraña confidencia, y tras un momento de reflexión, le dijo:

—Idos tranquila, señora mía, y olvidad lo que ha pasado. El Corregidor lo olvida también y el caballero no puede pensar sino que obrásteis como doncella honrada que defiende su más preciado tesoro. Id y que Dios os guarde.

VII

«Pues, señor, se dijo el discreto don Diego al encontrarse sólo; mujer como esta, que tan hermosa es y tan sincera, y tan briosa defiende su honor, sin ceder á promesas, amenazas ni asaltos... ¡famosa mujer es!... Y el hombre que casara con ella, además de poseer consorte bellísima y bien nacida, tendría en ella celosa guardadora de su honra...»

Resultado de estas y otras reflexiones fueron las bodas de doña Isabel y de don Diego, que se celebraron al mes justo de haber sido enterrado don Pedro Alcántara Ordóñez de Rutillana.

JUAN BUSCÓN.

ALONSO PÉREZ



Copyright by Braun Clément & C^a 1897 Alonso Pérez

La declaración

Crepúsculo

El sol tocaba en su ocaso,
y la luz tibia y dudosa
del crepúsculo, envolvía
la naturaleza toda.

Los dos estábamos solos,
mudos de amor y zozobra,
con las manos enlazadas,
trémulas y abrasadoras,
contemplando como el valle,
el mar y apacible costa,
lentamente iban perdiendo
color, transparencia y forma.

A medida que la noche
adelantaba medrosa,
nuestra tristeza se hacía
más invencible y más honda.

Hasta que al fin, no sé cómo,
yo trastornado, tú loca,
estalló en ardiente beso
nuestra pasión silenciosa.

¡Ay! al volver suspirando
de aquel éxtasis de gloria,
¿qué vimos? Sombra en el cielo
y en nuestra conciencia sombra.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

El entierro

Bajamos todos del coche,
con el semblante muy serio,
al llegar al cementerio
cuando asomaba la noche,

pues que si á tal acto asiste
alguien, insensible á todo,
también se arregla de modo
que compone un rostro triste.

Los semblantes lastimeros
más tristeza aparentaron,
cuando al sitio se acercaron
dos pobres sepultureros
que, viendo sin sobresalto
la muerte, en su propio templo,
dieron valor con su ejemplo
á muchos para hablar alto,

y cargaron sin gran pena
el ataúd, mientras iba
siguiendo la comitiva
que hacía crugir la arena.

Con ojos indiferentes
uno, el cortejo miraba
y el otro tarareaba
una canción entre dientes,
y en su horrorosa faena
en aquel cuerpo ya helado,
ponían sólo el cuidado
que *cualquiera en cosa agena*.

Llegamos al sitio donde
se ostentaba un nicho abierto,
en cuyas sombras del yerto
cuerpo el destino se esconde,
y de su interior sagrado
fué extraído sin respeto
un carcomido esqueleto
con su ataúd destrozado.

¡Ley fatal que nos condena
á producir el vacío
en el espacio sombrío
que un sér, muerto ó vivo, llena!

¡Empuje que al pecho aterra
y que da en igual medida
el sér que viene á la vida
y el cadáver que se entierra!

El ataúd quedó abierto,
y con las bocas tapadas
todos lanzaron miradas
de curiosidad al muerto,

mientras en una escalera
que en el nicho se apoyaba
un hombre se impacientaba
por aquella larga espera,
y el ataúd á sí atraído
que, dentro el nicho impelido,
produjo seco crugido
al quebrantar el cascajo.

Después comenzó en seguida,
moviendo la mano inquieta,
á arreglar con la piqueta
los ladrillos á medida.

Dejaba la pared dura
al crecer con ansia fiera,
luz é indiferencia fuera,
dentro, sombras y tristura.

.

Al marcharse silenciosos
todos, con mentido celo,
prodigaron al del duelo
consuelos ceremoniosos,

ni ciertos, ni originales
que el triste poder tenían,
de, á los que se despedían,
tornar los rostros usuales,
y, al perderse el cementerio
en las sombras de la noche,
en vano busqué en el coche
un solo semblante serio.

FEDERICO RAHOLA.

ALREDEDOR DEL MUNDO



TROUVILLE-SUR-MER. — El paseo de las Planchas y el Casino



DIEPPE. — La playa á la hora del baño

La iglesia cerrada

Penetra el rayo de sol al través de los cristales de colores incrustados en el rosetón gótico, mancha de azul y rojo y violeta las losas de la catedral, acaricia después los jaspeados frisos, encarámase por los haces de columnas: aquí hace resaltar el dorado de una estatua olvidada en un rincón, allí anima con extrañas luces la cara marmórea del obispo tendido en su sepulcro, como quien ya nada espera sino del cielo, ó el bulto brillante del señor arrodillado ante un cojín, pidiendo á Dios perdón de sus desafueros y liviandades; sube despacio la luz polícroma luchando con la traidora pátina en los ennegrecidos retablos y con la herrumbre en las repujadas rejas, toca en las hojarasca de los capiteles, coloreando con la desbocada fantasía de la naturaleza lo que en blanco trazó la imaginación no más segura, pero sí más pobre del escultor; extiéndese por las anchas bóvedas, y al caer el sol hacia la tierra, mueren sus rayos en las doradas claves, allá donde las aristas de granito se entretejen, ligeras como cintas sujetas con broches de oro.

Al mismo tiempo que el sol, apáganse todos los ruidos en la catedral: muere la plegaria que zumbaba perezosamente en las bocas de los sacerdotes, calla el órgano, cesa el cuchicheo de las devotas. A poco, el sacristán, repicando el manajo de llaves, recorre las capillas, acompañado por el perro negro que husmea todos los rincones, escurriéndose por entre los altares, serpenteando por bajode las sillerías, olfateando los confesionarios. De pronto lanza el aullido triste y prolongado del can que ventea la muerte. El sacristán corre lleno de zozobra hacia uno de los pilares, y allí, en un colchoncillo de cuero, descubre á un niño rígido, mal envuelto en miserables jirones, por entre los que asoma la carne amoratada y yerta, las piernas y los brazos encorvados y el cuello encogido y los dedos en premiosa crispatura, como queriendo volver á la posición que antes de salir á este mundo tenía en el seno caliente de la malvada madre.

El hombre coge el niño y le palpa, el perro le olfatea, y ambos convienen en que está muerto. Poco rato les dura la emoción, si es que la sienten, pues tristes y con la cabeza baja continúan su requisa por capillas, altares y confesionarios, lo mismo que antes... No, lo mismo, no, porque el hombre lleva en brazos aquel cadáver, que no pesa tanto como la llave del portón principal, prolija obra de los Villalpando.

El viento frío del anochecer penetra en el templo por hendiduras y mechinales, hace ondear los paños de banderas y pendones colgados de los muros y chisporrotear las lámparas con medroso restallido y cantar destempladamente los tubos del órgano, en donde se cuela á deshora. Con el gemido del viento se entrelazan otras cien armonías del propio silencio emanadas, el dentellear de la carcoma en los tallados sitiales, el chasquido de una tabla que cede, la fuga alocada de los ratones por entre el maderamen de los retablos...

Y el anciano sacristán, helado por el contacto del frío ambiente y del cuerpo muerto que en una mano lleva y de las férreas llaves que empuña en la otra, siente, acaso por primera vez, al realizar aquel su monótono y cotidiano ministerio, un escalofrío de terror que le recorre el espinazo; y allá, en el pecho, se le queda clavado, ahondando, ahondando como una cuchillada. En un instante su limitado espíritu se ensancha, se eleva y se engrandece, y cediendo al impulso de algo antes sentido que pensado, antes adivinado que visto en su interior, deja caer al suelo las llaves, cuyo metálico golpe sobre el mármol repiten las bóvedas con estruendosa resonancia. Ignora entonces si Dios ó el demonio le han inspirado la idea de que aquello que haciendo estaba es un sacrilegio, un pecado horrible, y sin dejar de los brazos el niño, se arrodilla ante el más próximo altar, en el cual, sobre fondo de oro y entre nimbos estrellados, medio se divisan las cabezas de la Virgen, San José y el Niño Dios adorado por los pastores.

Perturbado como está el buen viejo, no acierta á enderezar la plegaria, porque en su mente se confunden aquellas sensaciones nunca hasta entonces experimentadas, con ser cosa vista á diario, y sin saber por qué, piensa que aquel sér miserable y pequeño, arrojado á la iglesia tal vez porque estaba más cercana que cualquier estercolero, ha venido á destrozar y á echar por tierra todo un orden de cosas y de ideas consagrado por los siglos, esculpido en la piedra, pintado en la tabla, escrito en el pergamino, resonante en el órgano y en la voz, fulgurante en las pintadas vidrieras.

Sí, aquella pobre criatura muerta en el templo solitario encaja mejor allí que los pocos seres vivos que por él cruzan diariamente. En ella se reconocen y con ella se hermanan las estatuas yacentes de los obispos y los bultos orantes de los caballeros: á servirla de cuna y sepulcro parecen destinados los mil huecos vacíos y empolvados de las hornacinas viudas, de los sitiales sin ocupar, de los rotos sarcófagos.

Todo en la iglesia yace frío y muerto. El sol mismo, al huir de la tierra, ha ido buscando su refugio y su fin en la parte más alta, y no pudiendo romper las reforzadas claves, ha desaparecido con desconsoladora palidez. Las voces se han extinguido, considerando lo inútil de su empeñada canturia. El viento ha soplado con intento de congelar

la sangre en las venas del único sér vivo entre aquellas muertas grandiosidades. — ¿De quién es la culpa?—piensa el buen viejo, y al pensarlo mira el llavero caído á sus plantas y todo lo ve claro y se asusta de su oficio, que entonces reputa bajo y miserable. ¡Cerrar la iglesia! ¡Impedir con cerrojos y llaves y ferrados portones la entrada en la casa de Aquel que nació á los cuatro vientos en un portal desmantelado, y que al aire libre vivió desnudo y azotado por todos los huracanes del mundo! La iglesia cerrada con tan prolijo cuidado como si fuera un Banco ó un almacén ó depósito de dineros viles, se convierte en cementerio de seres sobrantes en el mundo, en albergue de la soledad y de la tristeza, si no de algo peor. El polvo y el descuido se enseñorean de las capillas y roen las imágenes; los animales inmundos pisotean tal vez los sagrarios. Todo se descolora, se confunde,

Y el viejo, espantado al pensar que él también ha arrimado el hombro y ha prestado el brazo á la obra de aniquilamiento y destrucción, que él también *ha cerrado la iglesia*, de la cual mucho tiempo hace huyó la multitud con el alma fría y avellanada: de la cual van huyendo asustados ante el rechinar de los cerrojos y el estrépito de las llaves y la dureza de las puertas, hasta los espíritus más fieles y encendidos: en la cual aun el rayo de sol busca su albergue y no le encuentra; al pensar esto, comprende que la humanidad ha perdido su camino, porque en él vió una barrera por la misma humanidad construída, y la saltó con ímpetu salvaje. Y entonces, anegado en lágrimas, moribundo de dolor, obscuro y frío, cae sobre el pavimento, donde rebota la frente partida que enrojece el suelo al desangrarse, y en la que se empapan los harapos del niño difunto.

El perro, adivinándolo todo, se lanza á la abierta portada y aúlla, aúlla desesperadamente...

F. NAVARRO
Y LEDESMA.

Cantares

El corazón de mi pecho
mira que pobre estará,
que se le ha muerto un cariño
y no lo puede enterrar.

Gitana, calla esa boca;
ni eres mía ni soy tuyo;
perrito de muchos amos
no quiere bien á ninguno.

Al carro de la amistad
se le han caído las ruedas;
las ruedas eran de plata
y no puede andar sin ellas.

Se reía una montaña
de un pobre grano de arena
y el granito le decía:
¿quién te crió compañera?

¿Quién te crió compañera?
le dijo el granito aquel;
y se calló la montaña
y no supo responder.

Luis RAM DE VIU.

ALONSO PÉREZ



Una racha de viento

En los abanicos de dos hermanas

HUMORADAS

I

La más sabia, Rosario, es la que aún
el amor con los bienes de fortuna,
que, si el dulce no es malo,
ni aun en cuenco de palo,
es natural que sea,
servido en copa de oro, miel hiblea.

II

La que está, como tú, Paca adorada,
del arte enamorada,
discurre de este modo:
la gloria que no es nada,
sobrevive al dinero que lo es todo.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Las fronteras

Allá en mi país natal,
que de Francia está vecino,
hay en medio de un camino
una piedra y un rosal.
La piedra está en la frontera,
el rosal en torno crece,
y cada flor que aparece
de su hermana es extranjera.
Mas cuando mueren las dos
enemigas del rosal,
en una sola espiral
vuela su perfume á Dios,
que á las almas y las flores,
tras ese espacio azulado,
una sola patria ha dado
sin fronteras ni rencores.

Yo, mirando tristemente
esa línea fronteriza
que por tierra se desliza
con aspecto de serpiente,
y recordando los lazos
que el hombre rompió iracundo,
pensé: «El amor creó el mundo
y el odio le hizo pedazos.
»¡Cuán injusta y caprichosa
es la vanidad humana!
»¿Dejará de ser hermana
una rosa de otra rosa?»

Y en la piedra, entre las dos
enemigas, dejé escrito:
«La frontera es un delito
contra las leyes de Dios.»

LEOPOLDO CANO.

Cantares

Desde la bohardilla suelen
tirarse muchas doncellas,
y unas van al empedrado
y otras á la carretela.

Tengo mis ojos puestos
en una cara,
y al espejo me asomo
para mirarla.

En el viaje de la vida
van los ricos á caballo,
los caballeros á pie,
y los pobres arrastrando.

Copia, Juana, es tu huerto
del Paraíso,
sólo que en él no existe
fruto prohibido.

Cielos y mundos podría
mi corazón contener;
¡cómo serán mis dolores
cuando no caben en él!

Quisiera tener la vida
que tienen juntos los hombres
para estar solo en el mundo
y tirarme de una torre.

En el templo de la gloria
puso el destino dos puertas;
por una se entra de pies
y por otra de cabeza.

Entre todos los cañones
dos solamente me asustan:
los que hay en las chimeneas
y los que tienen las plumas.

De azul estaba vestida
cuando yo la conocí;
pronto vestirá de negro
al acordarse de mí.

El carro de la fortuna
no tiene más que una rueda;
quien sube en el carro, cae,
quien tira del carro, vuela.

MANUEL DEL PALACIO.



« y, al fin, de tanto cavilar rendida,
sopló la luz... »



« ... y se quedó dormida. »

Amor

El agua corría sin cesar por el cauce de los ríos, por el lecho de los arroyos, y los arcos de los puentes observaban atentos aquella marcha jamás interrumpida que socavaba sus cimientos y mordía en lo vivo la piedra resistente.

La obscuridad envolvía por completo una de las caras de la Tierra (nuevo Jano que fulgura con una faz y muere por la otra), y entre las tinieblas se cumplían mil dramas, se desarrollaban idilios, se representaban comedias, de esos que con ser los más preñados de enseñanzas, no se escriben nunca en las minúsculas páginas de la historia.

El viento corría sin cesar á través de la verde fronda, de los campos en grano, de los prados en flor; sobre la cima de los montes, al ras de la llanura, gemía al sentirse aprisionado entre cañadas; silbaba rabioso, como serpiente airada al encontrar obstruido su escondrijo, al sentir los obstáculos que la mano del hombre le levanta; hacía girar las aspas de los molinos; llevaba en sus alas las semillas fecundas y á través del espacio, con la presencia de su fuerza, difundía la vida.

La muerte seguía su obra inacabable. Daba treguas al dolor implacable; hería por igual la vida que empieza y la existencia que acaba; marcaba con su sello indeleble millones de seres que ya no eran útiles para la vida universal en sus formas momentáneas y servía, como siempre, de eterna niveladora, de justiciera suprema.

Las rocas se convertían en polvo, el agua en vapor, el calor en fuerza, la energía en luz. La marcha eterna no se interrumpía; el cambio constante se cumplía.

Un hombre, al que el destino había señalado para realizar grandes empresas entre sus iguales, apoyada la cabeza en la mano y el codo en el pretil de una baranda de piedra que dominaba la extensión de un gran valle, contemplaba la magnificencia de aquella noche. La concepción universal se sentía palpar en las alas de la brisa, en las invisibles ondas cargadas de aromas, en el rumor del agua que corría.

Aquel hombre, que tocaba ya en los límites de la edad madura, se preguntaba con angustia en el seno de aquella obscuridad y aquella calma si su larga vida de sacrificios no había sido un error continuo. Ante el espectáculo de la Naturaleza, siempre fecunda, sentía remordimientos por no haberse inclinado jamás al yugo santo del amor, única fuerza creadora. Y con indecible terror pensaba que pertenecía á una raza maldita, á una de esas especies híbridas que jamás han sentido la gloria de la concepción que desgarrá las entrañas; pero que proporciona el orgullo de la obra realizada con esfuerzo y dolor, como nace todo lo grande.

El era capaz, sin embargo, de sentir amor por una criatura de su especie. ¿Cómo no, si su vida había sido un continuo sacrificio en aras del amor extremado que por todos sus semejantes sentía?

Del seno de aquellas tinieblas brotó una voz augusta que no oyeron sus oídos, pero que comprendió su espíritu. Y aquella voz dijo así:

—Has recorrido dos tercios del camino de tu vida. Gracias á tu voluntad y al talento que te deparó la suerte, has llegado á alturas que no sospechan siquiera los demás hombres. Por eso estás solo. En las alturas sólo pueden vivir los que tienen vastos pulmones, cabeza firme á prueba de vértigos. Amigos, mujeres, nadie puede seguirte por esos caminos desolados desde donde se advierten la pequeñez del hombre y sus miserias. En castigo de haberte elevado, lloras ahora la juventud perdida y te entristece mirar las flores lozanas cuyo perfume no has de respirar. Dentro de la misma casa donde muy pronto darás descanso al cuerpo, hay una muchacha que te adora en silencio. Es virgen de alma y de cuerpo. Una simple volición tuya hará que caiga en tus brazos. Tú, que has querido ser un precursor, puedes ahora sentir la dicha inefable de la creación propia. ¿Qué te detiene? ¿Piensas acaso en los sueños que debes olvidar, ó en los paisajes que ya no han de ver más tu ojos? Si continúas el camino emprendido, te esperan la gloria solitaria, el orgullo satisfecho, las aclamaciones de la muchedumbre. Si te detienes en el oasis que el amor te brinda debes renunciar á todas tus ambiciones; más semejante á las otras criaturas, sentirás sus dolores; pero sobre tu alma caerá también el divino rocío de las lágrimas que el afecto engendra.

El hombre quedó pensativo durante unos momentos. Al día siguiente una mujer se abrazaba á su cuello. El Poder desaparecía; el Amor triunfaba.

Y en tanto que el agua corría por el cauce de los ríos, que las sombras de la noche ocultaban una de las caras de la Tierra; mientras las rocas se convertían en polvo y en nubes el agua y el calor en fuerza; cuando la concepción universal se cumplía, un hombre cantaba por vez primera el himno eterno y no aprendido, y transmitía desde lo más recóndito de su sér el impulso que crea, la fuerza que no se aniquila, la vida que no se acaba en unas formas sino para resurgir más poderosa en otras.

A. RIERA.

Guerra civil

A cien pasos, lo más, del campamento,
acostado de bruces en la tierra,
sufriendo el agua y aguantando el viento,
renegando del mundo y de la guerra,
hay un pobre *pistolo* que escondido
detrás de un matorral, está de escucha;
¡pobre insecto perdido
que arrastraron los vientos de la lucha!
Oyó rumor á poco entre las matas
y preparó el fusil, porque veía
un bulto negro aproximarse á gatas
hacia donde él yacía.
—¡Es un *carca*, rediós!—y levantando
su cuerpo entumecido,
dió dos pasos; el otro fué avanzando,
se puso en pie también y sorprendido
articuló:—Es un *guiri*—sordamente,
y los dos se miraron frente á frente.
¿Qué pasó por sus almas? ¡Quién lo sabe!
Mas no fué nada grave,
porque, asidos del brazo,
se sentaron los dos en un ribazo.
—De dónde eres?—De Murcia: ¿y tú?—De Oviedo.

—¿Hace mucho que *sirves*?—Dos semanas.
—¿Por qué no te *desiertas*?—¡Si no puedo!
nos pasan lista todas las mañanas...
—Y eres casi un chiquillo,
Puede que hagas carrera.
Mira, dame un pitillo;
nos tienen sin fumar la noche entera.
—¿Por qué vas con Don Carlos, que es un pillo?
—Porque tengo seis hijos y les mando
dos pesetas que dan, y voy pasando...
¿Tú tienes madre?—¡Y padre viejecillo!
—¡Anda; tómate un trago de aguardiente!
—¡Lo que es ayer batieron bien el cobre!
—¡Qué trabajos le pasan al que es pobre!
—Toma tabaco, tú.—Gracias, valiente.

.....
.....
Cuando al amanecer, tras lucha fiera,
entre un ciclón de tiros y sablazos,
se encontraron los dos en la trinchera,
sin mirarse siquiera,
se cosieron de dos bayonetazos!

JOSÉ M.^a DE LA TORRE.

JUAN BEAUDUIN



Copyright by Braun Clement & Co. 1897

Las mariposas

Pragmática nueva

Mancebos los que tenedes
buena cara y no mal talle,
y no hay misa que os redima
del purgatorio del hambre;

Los que andais con las mujeres
en dares y no en tomares,
inocentes de por vida:
salud y suerte. Sepades:

Que, cansado ya Cupido
de que andeis por esas calles
hechos ánimas en pena,
tras de cualquier guardainfante;

no queriendo que prosiga
la costumbre abominable
de que seais de las hembras
antes primos que no amantes,

esta pragmática nueva
ha querido que se saque,
para castigo de damas
y corrección de galanes:

«Toda niña del agarro
y toda doncella errante
que, armada de su hermosura,
a caza de bolsas ande,
si quiere ejercer su oficio,
probanzas ha de hacer antes
de haber salido de tía,
como los ríos de madre.

Desde esta fecha, habrá bulas,
como ya las hay de carne,
para gozar de merienda
del río en las verdes márgenes.

Y éstas, á más que extensivas
serán á San Blas y al Angel,
podrán expedirse sólo,
á quien de cincuenta pase.

Como caza de señuelo,
se prohíben los lunares,
toda clase de postizos,
las mudas y el enrubiarse,
para lo cual, se encomienda
á todo galán, que palpe
y que someta á lejía,
la dama á quien secuestrare.

Amador fondo en poeta,
ha de cuidar de enmendarse
de hacer escolio, ni cita,
en que se secunde al Dante.

Y, profesando en Tomista,
huirá de concepto ó frase,
por cultísima que sea,
en que el verbo dar entrase.

A las damas se autoriza
á tomar el sol y el aire,
no siendo en andamio, en toros,
ó en cazuela en los corrales.

Y, atento á que sus saludes
son, como su sexo, frágiles,
sólo podrán beber frio
cuando haya hielos de balde.

Por lo demás, se autoriza
á que les den sus galanes
serenatas, si son músicos,
si poetas, madrigales.

Y á todo aquel, tan dichoso,
que no juntase estas partes,
además de darle celos,
podrán desazone darles,
dejándoles, desde luego,
en dominio incontestable,
de sus cabellos, el oro;
de sus labios, los corales;
de sus dientes, el aljofar;
de sus ojos, los balajes;
de su cuello, los marfiles,
y de su aliento, los ámbares.

Si después de publicadas
estas letras credenciales,
hubiese mancebo albillo
que en dar más que esto se pase,

podrán, por pena á su culpa,
mis justicias, obligarle
á maridar con ayuda,
sin cobro alguno de gajes,
y sacado á la vergüenza,
si es que alguna le quedare,
como toro, por Santa Ana,
dueñas á rejón le acaben.»

Puerta de Guadalajara,
y previo son de atabales,
esta pragmática nueva
se pregonó cierta tarde.

Mas, no habiendo ley alguna
que se dé para guardarse,
las cosas, desde aquel día,
siguen como estaban antes.

ANGEL R. CHAVES.

P. GERVAIS



Eva provenzal

ALONSO PÉREZ



¡Está que arde!

Castillo de naipes

—Pues, señor, bien... ¡Gracias á Dios que veo la luz de este día tan deseado!... Ya estamos á 19 de Abril... Santa Inés... Y debe estar un día muy hermoso... como casi todos los años... Basta que sean los días de ella... que estará mucho más hermosa que el día, de seguro...

Ya cantan los cañarios en el comedor; debe de ser muy tarde... ¡Uy, más de las nueve y media!... Voy á llamar al criado para que la lleve las flores...

¡Cómo la voy á sorprender! No sabe que estoy en Madrid, seguramente no lo sabe... Como hace año y medio que falto de la corte...

Tiraré del cordón de la campanilla... Bueno; ya ha sonado. Ahora vendrá Alejo y... ¡Adelante!...

—¿Ha llamado el señorito?

—Sí; yo he llamado.

—¿Quiere el señorito chocolate?

—No, hombre, no quiero chocolate (¡cualquiera toma chocolate en una fonda!); quiero té con leche. Pero encárgaselo á la cocinera, que tú tienes que ir á un recado.

—Adonde el señorito mande.

—Bueno; mira, Alejo, vas á ir al puesto de flores de Ramona la Valenciana, ¿sabes?... En los derribos de la calle de Sevilla... Una de aquellas casetas de madera... Fijate bien... tiene un rótulo que dice: *Ramona la Valenciana*.

Allí tendrán ya hecho un ramillete de flores muy hermoso y muy grande... tú vas allí con una tarjeta mía... ¡Ah! coge la tarjeta; mira: en el bolsillo interior de la levita estará el tarjetero... No, en el del frac, que anoche me puse el frac... ¿Está ahí?... Sí...

Coges una tarjeta y un billete de cinco duros, te vas al puesto de flores de Ramona la Valenciana, preguntas por el ramillete que yo encargué ayer tarde, que será el mejor que haya allí, te le dan, le pagas, y le llevas con la tarjeta, á la calle del Oso, número...

—¿A casa de la señora Condesa?

—¡Justo! A casa de la señora Condesa, á donde llevabas los dulces hace dos años.

—Está bien, señorito.

—Adiós, Alejo... Que está bien, dice: pues claro que está bien... Como que casi no puede estar mejor. Dentro de un cuarto de hora, poco más, llegará Alejo con el ramo de flores, llamará, saldrá María, la doncella, cogerá el ramo y se le irá á enseñar corriendo á la señorita... que dirá toda sorprendida y poniéndose colorada: — ¡Calla! ¡Ha venido Gonzalo!... ¡Y le ha faltado tiempo para felicitarme los días con este precioso ramillete!... ¡Qué bueno es Gonzalo, y qué fino y qué amable... y qué talento tiene! ¡Cómo ha cuidado que la primera felicitación que yo recibiese hoy fuera la suya!...

Todo esto lo dirá dando vueltas al ramo y acariciándole y pasándole la mano con mucha monería. Después cogerá una gardenia y la pondrá en el pecho, para no separarse por entero del recuerdo mío, y seguirá peinándose... y pensando en mí, naturalmente... ¡Estará más hermosa!

La verdad es que me había de levantar, pero tengo pereza... Es tan dulce estarse así, sin hacer nada, cuando es uno feliz... como lo soy yo ahora. Porque ¡cuidado que soy feliz de veras!... Y lo seré mucho más todavía... Sí, Gonzalito, sí... Te digo que vas á ser el hombre más feliz del mundo... Esa mujer vale un Potosí... Esa mujer es un ángel... Esa mujer no tiene precio.

Cuando concluya de peinarse, más primorosamente que otros días, como que hoy se peina para mí, irá á misa con su madre á San Cayetano... si es que no ha ido ya á comulgar por la mañana... que sí habrá ido, porque ¡es más buena!... Pero aunque así sea, volverá seguramente á misa de doce... y creará que me va á ver allí... No, no me verás, alma mía...

Está muy lejos.

A media tarde, viendo que no he ido por allá todavía, dirá Inés á su madre:—Mamá, podías mandar una tarjeta á Gonzalo convidándole á comer, porque si no, es posible que no venga á darme los días hasta la noche, y francamente...

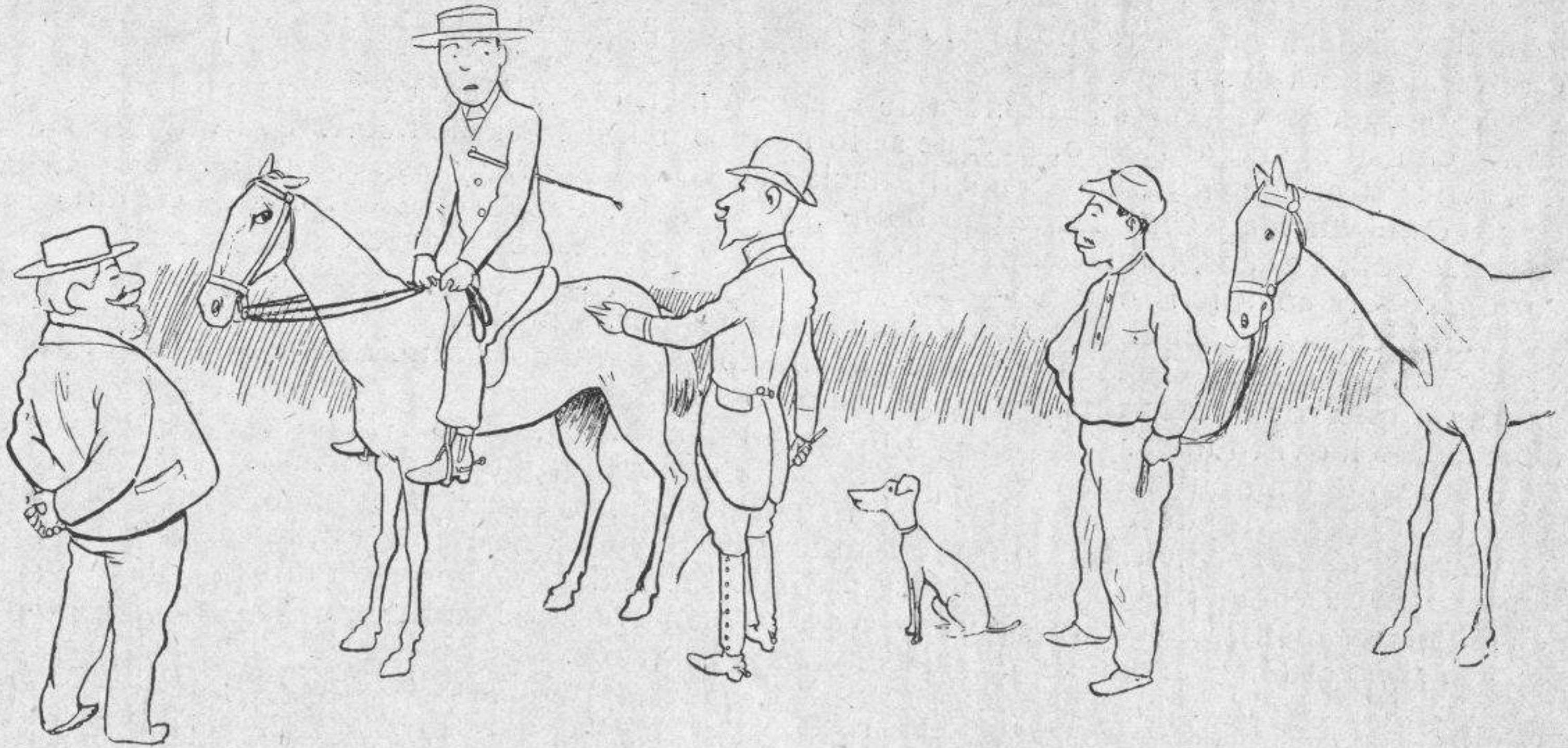
Este francamente y estos puntos suspensivos quieren decir: «Yo no quiero tardar tanto en ver á Gonzalo; yo deseo verle cuanto antes...»

¡Bendita seas, Inés, bendita seas!...

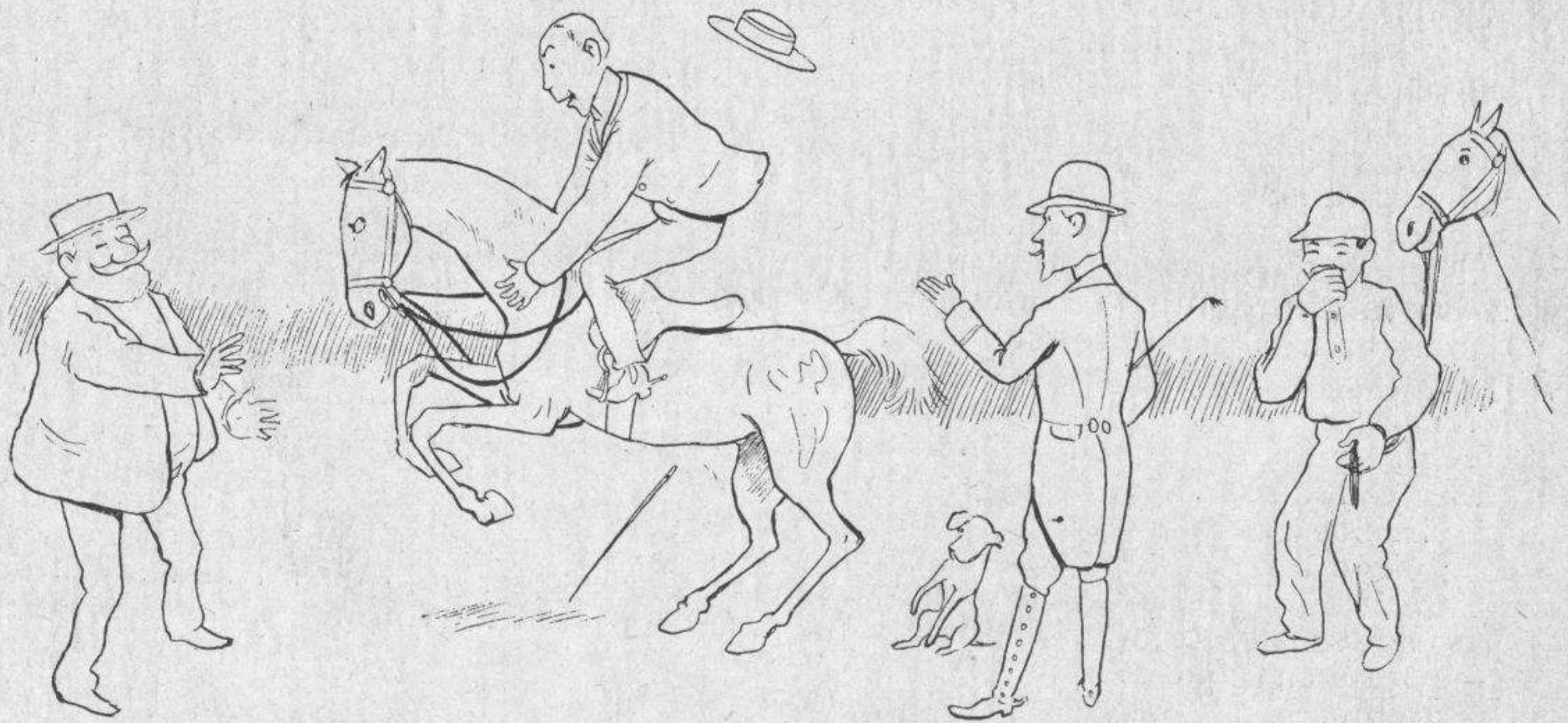
No, y como la Condesa me convida á comer, acepto el convite y voy volando. ¡Vaya si voy! Lo contrario fuera una grosería. A más de que no he de desperdiciar una ocasión así de comer con Inés... y sentarme á su lado... Y como esté muy amable conmigo, que sí lo estará, hoy mismo me declaro formalmente.

Ella no me dirá que sí, de plano; pero me lo dejará entender con algún rodeo; yo insistiré dentro de unos días, y al cabo me dirá que sí... de seguro... Es una muchacha muy

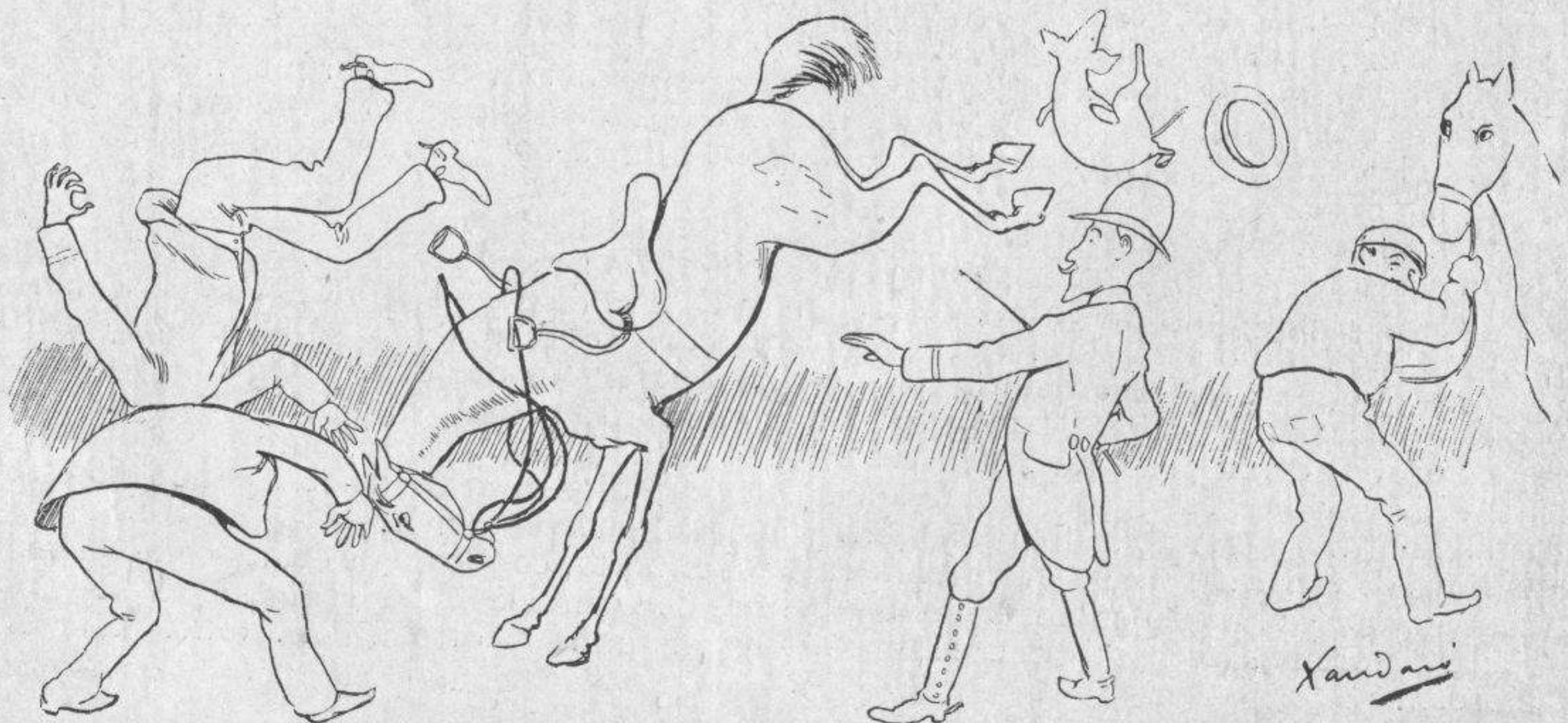
LA YEGUA



—Tenga V. en cuenta que es muy blanda de boca. Por lo demás, no tenga V. miedo, porque es un carnero.



—Abríguela V. bien. ¡Pierna, mucha pierna y fuera miedo!



—Esos saltos son de carnero, ¿no lo decía yo?

formal, y si no me quisiera, no me lo hubiera dado á entender tantas veces con los ojos, este verano hará dos años.

Después concertaremos la manera de vernos á menudo... Me dirá que va por las mañanas con su madre al Retiro, porque se lo ha recomendado el médico... Yo iré también, y las encontraré de *casualidad* por allí, hacia la Casa del Pobre, y las acompañaré y tomaremos en el *Lactante Club* leche con bollos, y cuando su madre se entretenga en mirar las crías de los cisnes, hablaremos largo y tendido de nuestros proyectos de felicidad futura, que será completísima.

También la veré en el Circo de Price los martes por la noche, y entraré un rato á sentarme junto á ella en el palco, y se me quejará con encantadora sencillez de que la quiero poco, porque voy pocas veces á su casa, cuando su mamá no desea otra cosa, y además porque me ha visto mirar á Luisa y saludar con demasiado cariño á Teresa.

Pero yo la tranquilizaré, y quedaremos tan enamorados y tan conformes.

Al verano me iré detrás de ellas á San Juan de Luz, y la veré todos los días en la playa y haremos una expedición á Lourdes, y muchas á Bayona; y así, intimando cada vez más, en el viaje de vuelta me autorizará para pedirla. La pediré, y como estaremos ya entrando en el invierno, se concertará la boda para la primavera, de suerte que á otro año por ahora, si no estamos casados ya, estaremos para casarnos...

¡Qué día aquél!... ¡el día de la boda!... Y después, ¡qué dicha la mía, y qué felicidad tan grande!...

Casado con Inés... el sueño hermoso de toda mi vida... ¡Me querrá tanto!... Pasaremos la primavera en Italia, el verano en Alemania, el otoño en Francia, y volveremos á Madrid poco después de la apertura del teatro Real, donde tendremos abono... como en el Español y en la Comedia... Todo esto contando con que á Inés le gusten estas cosas, que lo que es por mí... á mí me basta con estar cerca de ella: yo no quiero ni querré nada más que á ella. Viviremos en la ronda de Recoletos, que es un sitio muy elegante; digo, si quiere Inés, que sí querrá, porque no querrá más que lo que yo quiera... Mi amigo Pepe Centeno, que tiene desocupados los dos principales de su casa de la calle del Arenal, me ofrecerá uno; pero no me pesca. La calle del Arenal es insufrible... con tanto barullo de coches y carros... Hoy lo céntrico es de mal gusto.

Al verano siguiente ya tendremos un niño... ¡más mono! se llamará Gonzalo, como yo: eso sí; lo que es como sea niño, el primero se ha de llamar como su padre.

Lo llevaremos á paseo con nosotros: iremos Inés y yo y llevaremos á la niñera con el niño: nos bajaremos del coche á la entrada del Retiro, junto á la Puerta de Alcalá, y subiremos á pie por la fuente de Galápagos, llevando también el niño delante en brazos de la rolla, y todos los que le vean dirán por lo bajo: «¡Qué niño más hermoso!» ¡Y nos mirarán con una envidia!...

Le iremos á retratar á casa de Napoleón, el gran fotógrafo, la especialidad en retratar niños; y es claro, saldrá admirablemente, y Napoleón pondrá un ejemplar abajo, en el muestrario de la puerta, donde estará tan mono sonriéndose, ¡hijo de mi alma! y haciendo que se paren á mirarle todos los que pasen por la calle del Príncipe.

—¿De quién será este niño tan guapo?— preguntará Isabel á su marido, muerta de pesadumbre.

—No sé,—la contestará él, aparentando indiferencia, y seguirán mirándole.

Pero en eso llegará Paco, que conocerá al niño, y les dirá:

—¿Estáis mirando á Gonzalito?

—¡Ah! ¿Tú conoces este niño? ¿De quién es?

—¡Toma! Pues de Gonzalo Quintana, del Conde de Rueda.

—¡Qué hermoso! Claro, como la Condesa es tan hermosa... (porque Inés hay que reconocer que es muy hermosa), y el Conde... (la verdad es que yo tampoco soy feo).— ¡Dios se le conserve! dirá por fin Isabel, ahogando un suspiro, porque como ella no tiene hijos, la pobre...

Dos años después tendremos otro, que se llamará Luis, como su abuelo, y no será rubio como Inés, sino moreno como yo; pero también será muy guapo.

Después tendremos una niña, que regularmente se llamará Dolores. Yo más quisiera ponerla Inés, como su madre, á la que se le parecerá, es claro; pero su abuela se empeñará en que se ha de llamar como el a, y dirá que no la quitamos ese gusto, y que ya Dios nos dará más y la podremos poner como nos dé la gana... y no habrá más remedio que transigir con mi suegra... que casi no se le puede llamar suegra, porque es tan amable... También en esto voy á tener mucha suegra... digo, mucha suerte... ¡Qué loco estoy de alegría!... Ya casi no sé lo que digo... y la cosa no es para menos.

Tras de esta niña, que será enteramente un encanto, con los ojos azules como el cielo de Aranjuez y el pelito rubio como las palmas de Orihuela ó las espigas de Paredes de Nava, tendremos alternativamente un niño y una niña y otro niño... todos tan hermosos...

¡Ah! Pero, sobre todo, la niña primera... será una criatura preciosa. Cuando llegue á los dos reales, es decir, á los diez y siete años, se la podrá ver... Por supuesto, que tendrá los novios así, como los dedos de la mano; pero yo me decidiré...; es decir, ella se decidirá, con la aprobación de sus padres, porque será una niña muy obediente... se decidirá por el primogénito de mi amigo el Marqués de Siete Cruces, el niño que bautizamos el otro día, que tendrá unos seis años más que ella... edad proporcionada... y serán muy felices... Pero me parece que esto es adelantar demasiado el discurso...

Todavía los niños no van al colegio, aunque irán pronto, eso sí, muy pronto...; lo que es los dos mayores, Gonzalo y Luís... Pero, en fin, ni á ellos ni á Lolina, todavía no es hora de pensar en casarlos...

Por de pronto se van desarrollando muy bien, y nunca están enfermos... Especialmente el segundo, Luís, es tan robusto... Verdad es que para eso tenemos cuidado de llevarlos por las mañanas al Retiro en cuanto entra el buen tiempo; allí corren ellos y enredan á sus anchuras.

Vamos con ellos Inés y yo, porque no se les puede dejar solos, y nosotros somos unos padres modelos...

Llevamos dos criadas para tener en brazos los dos más pequeños, y otra para ir al cuidado de los tres mayores.

Y á veces no basta, porque se van cada uno por su lado, y... ahora, por ejemplo, si atiende á la niña, que quiere echar pan á los patos, para lo cual se pone medio á caballo sobre el antepecho de hierro del estanque grande, y es posible que dé la vuelta, no puede atender á los otros, que ¡son más traviosos!... Principalmente el segundo...

—Pero ¿que diablos está haciendo aquel chico?... ¡Pues no se está subiendo á un árbol!... Y se va á caer, y se va á romper algún brazo... ¡Luís!... ¡Luís!... ¡No te subas!... Se cae de seguro... Voy corriendo...

—Señorito...

—¡Déjame, Alejo; déjame, por Dios!... Se va á caer...

—Aquí traigo las flores, porque en casa de la señora Condesa no había nadie, más que dos criados. Ella creo que se ha ido hace quince días á vivir á un convento. La señorita se casó hace dos meses, y está con su marido viajando por Italia.

—¡Ay! (prolongado). Pues, entonces, no me importa que se caiga el niño.

A. DE VALBUENA.

LA OCUPACIÓN DE MAC-KINLEY



«Fabricando» súbditos



Un sujeto se presenta precipitadamente en el despacho de billetes de la estación del Mediodía.

—Deme usted un billete para Aranjuez.

—Tome usted.

—¿Cuánto tardará en llegar?

—Cerca de hora y media.

—Entonces deme usted dos billetes; tengo mucha prisa.



—Tiene tal genio Elvira,

que siempre tiembla cuando monta en ira.

—Bien; pero eso será de cuando en cuando.

—No lo creas, que siempre está montando.



Un cazador que en todo el día había disparado la escopeta, pidió un conejo en una posada y lo echó en el morral:

—Esto es lo que he cazado—dijo ofreciéndole por la tarde á su mujer.

—¡Pero este conejo está asado ya!—exclamó aquélla examinándole.

—¿De veras?

—Mírale.

—No es extraño—dijo el cazador queriendo enmendar su torpeza—porque al salir de la madrugada oí que decía á su mujer: ¡Me tienes ya frito!



Pregunta:

¿Cuál es el muelle más pequeño de los del puerto de Barcelona?

Respuesta:

El del reloj de la Capitanía del puerto.



¿Qué á tí te cura un simple veterinario?

No veo en ello nada de extraordinario.



—¿Quién fué el primer adivino?

—El primer bribón que tropezó con un imbécil.



—Yo suelo castigar el cuerpo. Si me pide sar-

dinas le doy jamón; si me demanda jamón, le endoso unos pollitos guisados con tomate.

—Y cuando el cuerpo le pide á usted vino, ¿se lo da usted?

—Hombre, sí; bueno es el castigo, pero no tanto; al cuerpo hay que darle algo de lo que pide; porque si no...

Correspondencia

Van Uter.—Barcelona.—El caso es que si publico eso, van á ruborizarse hasta los carabineros del Puerto. Y como la misión de LA SAETA sobre la tierra no es hacer que se ruboricen los carabineros...

P. M. D.—Madrid.—Una sirve. Y de la otra, no acaba de gustarme la forma, que si no....

Q. C. V.—Madrid.—Son sosas, ¡ay! muy sosas

¡Casi siempre son sosas esas cosas!

Surisenti.—No tienen ningún salienti, mi querido *Surisenti*.

Un principiante.—Si es broma puede pasar... y como broma se toma.

¡Por qué esa ha sido una broma que me ha querido usted dar!

J. M. S. y M.—Madrid.—Sirven casi todos. Y puede usted mandar.

A. D.—Madrid.—No hay de qué. Lo sensible es que la forma sigue siendo muy incorrecta.

El verso:

cuando veo esos monisimos hoyuelos,
por ejemplo, no es endecasilabo. Y... cómo ese hay otros.

R. P.—Barcelona.—Asuntos gastados.

Por razones que la falta de espacio me impide detallar—y crean ustedes que lo siento—no podemos publicar las composiciones y dibujos con cuya remisión nos han favorecido los señores M. L. y Saisu (Zaragoza), *Ripisso* (no sé de donde), M. L. (Murcia), A. C., P. L. M. y *Banderitas* (Madrid) y *Un barbián* (Barcelona).

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas

Año. 11 »

Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona